Impulsaste las artes y la ciencia,
A tu grandiosa, vasta inteligencia
Hoy México le debe ser feliz.
En esta noche para mí bendita
Un instante nomas baja del cielo,
Y verás de tus hijos el anhelo
Con que admiran tu intrépido valor.
¡Queretanos! las sienes del caudillo
Coronad con guirnaldas de amaranto,
Y en entusiasta y armonioso canto
Proclamadlo por siempre el vencedor!

Querétaro, Setiembre 15 de 1857.—*Antonio Guillen.*

16 DE SETIEMBRE DE 1857.

DISCURSO PRONUNCIADO

EN LA PLAZA PRINCIPAL DE QUERÉTARO, POR EL C. LIC.
JOSÉ MARÍA RODRIGUEZ ALTAMIRANO.

Desde este momento vuestros destinos ni dependen ya de los vireyes, ni de los gobernadores; están ya en vuestras manos.
La junta central de España á las Américas.

Conciudadanos:

CUANDO las voces de todo un pueblo saludan placenteras el nacimiento de este dia; cuando el pabellon nacional orgulloso tremola en las torres y palacios: cuando resuenan en las bóvedas del templo los cánticos de regocijo con que tributa la Iglesia Santa su agradecimiento al autor de las sociedades; cuando, reunidos en cívica asamblea los mexicanos, el júbilo

se retrata en los semblantes: todo, todo nos anuncia un grande acontecimiento, la salud de la patria. Así es la verdad, conciudadanos; y como la gratitud escribiera en nuestro corazon la gloriosa historia de ese acontecimiento, no tenemos necesidad de seguirla paso á paso para satisfacer cumplidamente nuestros sentimientos patrióticos, uniendo nuestras voces á la voz de la nacion, que canta un himno á la memoria de nuestros padres. Nunca olvidarémos, pues, aquel puñado de aventureros que arrojaron á nuestras playas la temeridad y la codicia. México resiente aún las huellas de sangre que dejara tras de sí el bárbaro conquistador, y el político distingue todavía las llagas que le causó la mano férrea del despotismo, para que se borren de nuestra memoria los hijos de la Iberia.

Premiar con los honores públicos la virtud eminente de aquellos héroes que supieron hacernos libres y que sellaron con su sangre nuestro odio á la tiranía, es un deber dulcísimo de reconocimiento que venimos á cumplir. Mas hoy que los descendientes de Cárlos V. intentan retrogradarnos al siglo de Cortés, colocar sobre el sepulcro de nuestros padres el laurel de la victoria y la palma de la libertad, es un deber imperioso que la patria ecsije, obligacion de justicia que venimos á satisfacer.

Cuando Cristóbal Colon fijó sus ojos en el occidente y señalaba un derrotero para el nuevo mundo, ecstinguia tambien con su descubrimiento cien tífico la ecsistencia moral de un grande pueblo, del pueblo de Moctezuma. Pero ese bajel atrevido en que navegan los hijos del sol, siguiendo en sus vandálicos proyectos, la línea que trazara el genovés, no trae solamente los grillos y las esposas con que ha de comprar el oro de los aztecas, sino el gérmen de la libertad, que se oculta, porque no lo conoce, al capital español, y cuyo gérmen sagrado producirá despues de algunos siglos á los Hidalgos y Allendes, y con ellos las glorias inmortales de la patria. Sí, conciudadanos, el despotismo engendra la reaccion, grande y fecunda en virtudes como grande y fecundo lo es él en todo género de crímenes: por eso nos vino con la esclavitud el principio generador de la libertad y de la gloria.

Apénas arrojara su corrompido aliento la tiranía sobre las vírgenes llanuras del Anáhuac, cuando las pasiones mas degradantes le disponian el trono mexicano. La venganza y la perfidia por parte de los tlascaltecas, y la codicia y decepcion por parte de los españoles, los impelen á estrecharse la mano, mintiéndose amistad. ¡Horrible y maldecido y detestable efecto de las discordias civiles! ¡La víctima en brazos de su verdugo. . . ! ¡Sacrificio de Spertias y de Bulis, qué sacrificio tan diverso eres! tú procuras la salud de Esparta, y el otro remachaba para México las cadenas de la esclavitud

La defeccion de Tlascala convierte la cuadrilla de conquistadores en ejército numeroso, y Cortés, que, en su política desesperada, acordándose de Diomedes, manda barrenar sus naves, se acerca con doscientos mil hombres á la capital del imperio. La flecha y el cañon, el patricio y el estraño derraman á torrentes la sangre de los aztecas. . . Pero apartémos nuestra vista del sitio bárbaro y terrible que sufriera la ciudad, de ese panteon inmenso que puede fortificarse con cadáveres, y en que parecen cadáveres los héroes que lo defienden, si no queremos que el dolor anude nuestra garganta, ó lanzar hasta el averno palabras de maldicion contra la negra hipocresía, que llevó por todas partes la desolacion y la muerte en nombre del que da la vida, y trilló con una asquerosa planta los derechos mas sagrados en nombre de la ley eterna. Así quedó sepultado entre las ruinas de México el poder de los aztecas, de ese pueblo valiente que nunca doblegó la cerviz en medio de su infortunio, y á quien la dignidad de César con que ecshaló su último aliento, le atrajera vencidos los homenages del vencedor.

Mas ¿la industria de ese pueblo no será sustituida con otra industria mayor? ¿Sus fértiles terrenos no pagarán tributo con toda clase de producciones á la inteligencia emprendedora? ¿Sus sesenta mil casas no serán reedificadas y embellecidas con todo género de artes? ¿Una política y una legislacion ilustradas no serán las que reemplacen la imperfeccion de las suyas? ¿Una civilizacion á otra civilizacion, la reforma y el progreso? ¿No son estos, por ventura, los bienes que trae consigo ese hombre que canta sobre las ruinas y ceniza de la ciudad imperial? La respuesta está en su nombre, se llama conquistador.

Si fueran, pues, compatibles con título tan infame las virtudes de Arístides y de Sócrates, como es inútil buscar la cabeza de Solon en el soldado del Medellin, no hay esperanza tampoco de que México prospere. En efecto, compatriotas, aunque separándose la España de la ley inflecsible de conquista, hubiera trasmitido de sus colonias todo lo que poseia, México sin embargo no hubiera sido feliz; porque ella misma no lo era, como tampoco lo es hoy despues de trescientos años. ¿Cuál sería entónces la suerte de la patria despóticamente regida por los fueros de la usurpacion? El contrato social de los conquistadores con los pueblos que domina su filantropía, ecsije de los vencidos por único tributo su dinero, su vida y sus hijos; pero en cambio les vuelven ellos el insulto la esclavitud y la muerte, garantías imprescriptibles de todo pueblo subyugado por otro. Para zanjar los cimientos de política tan bella, dirigen todos sus esfuerzos á destruir las costumbres nacionales, hasta la palabra y el pensamiento que puedan conservar en la memoria las dulzuras de la libertad. Atacar esas costumbres por venera-

cion á la ley, y quebrantar la ley por respeto á las costumbres, es el juego sacrílego de palabras que los llevan á su fin, consumándose la tiranía. Así pues el filósofo no se admira de que México conquistada no sea la México de Moctezuma. Él no ve como fabulosas las artes y agricultura, la oratoria y la poesía, los guerreros y legisladores de los antiguos aztecas, ni esplica con la falsedad histórica los adelantos prodigiosos de Texcuco, Atenas de la Anáhuac, que fué llamada con justicia la patria de las artes y el centro de la civilizacion. Él observa sin dificultad, que bajo la estúpida tiranía no es posible que se escuche el ruido de los talleres, signo seguro de prosperidad y dicha, ni la voz consoladora de la ciencia, faro luminoso de los pueblos, ni los acentos de la poesía, que adormece con sus perfumes las penas del corazon; y que la espada conquistadora lo ha segado todo, llevando su esterminio hasta el santuario de la inteligencia. ¡Tales son los efectos de la ecsecrable tiranía! ¡Y esta fué, conciudadanos, la organizacion política de la colonia!

¡Dichoso, mil veces dichoso, ese pueblo de Catones que sucumbió por la patria bajo las ruinas de México! Héroes ilustres, que habrian honrado el suelo de Milciades y de Arístides, de los Temístocles y Cimones; murieron, sí, pero murieron para el despotismo, porque la gloria eternizó sus nombres en los fastos de la libertad. Mas esa raza infortunada, que lleva por vestido la vileza, y la coyunda y la cadena por arreos; esa raza que se alimenta con el pan de la amargura y que dobla la rodilla para escuchar al tirano, vive; ¡pero su nombre ha muerto, inscrito por la crueldad y la codicia en una factura infame, en la historia de la esclavitud! ¡Ecsistencia aborrecible y miserable de los que no bajaron á la fosa con la libertad nacional! ¡Ecsistencia de tres siglos que arrastraron para su tormento!

No es el ódio á nuestros padrastros ni el espíritu de patriotismo los que arrancan de mi boca estas palabras; es la historia de tres siglos que destroza el corazon; es la vista de esas manchas, vestigios de la colonia; es el testimonio de los hombres, que viven con nosotros y que presenciaron las agonías del despotismo moribundo. Oigámos si no, compatriotas, la voz imparcial de un estrangero.

„Fertilísimos paises los dejaban sin cultivo, y se aglomeraba la poblacion en los mas pobres de donde se sacaba el oro y la plata, sepultando allí, hasta hacerlos morir blasfemando, á aquellos indígenas que habrian vivido felices labrando el terreno, y haciéndole producir lo bastante para contentar la codicia mas desenfrenada.... Los vireyes acumulaban enormes sumas con la arbitraria distribucion de los azogues, monopolio régio, con encargarse de obtener en Madrid títulos, privilegios, actos de jus-

ticia ó injusticia, con dar licencia para violar las leyes prohibitivas y con vender los empleos á las personas que los solicitaban, aun sin sueldos, por la seguridad que tenian de ganar robando.... En las colonias españolas los esclavos no tenian la superioridad del número, y los indios yacian sometidos á un odioso reglamento y á una tutela perenne. El color, estableciendo una indeleble aristocracia, daba preeminencia á los blancos sin ofrecer ningun medio de elevarse á los mestizos. Los criollos ocupaban el primer lugar entre los indígenas; pero la España los separaba recelosamente de los empleos, y admitia á muy pocos en sus universidades. Cuatro quintas partes no sabian leer; y un arzobispo declaró, que para que continuasen sometidos, convenia que no supiesen mas que el catecismo. Así se esplica el sabio historiador Cesar Cantú. Pero qué mas: ¿no es la confesion del tirano la que justifica mis asertos? „Ya sóis libres cese el yugo insoportable, por lo remoto del poder, que os hacia víctimas de la arbitrariedad, de la avaricia y de la ignorancia." ¡Palabras concisas, pero que revelan con esactitud todo el infortunio y la agonía de nuestros padres!

¿Y así venis predicando, enemigos de la república, de la libertad y de la independencia, que México fué feliz, porque vivió tranquila y segura bajo el régimen español? ¿Así violáis con imprudencia la fe sagrada de la historia para romper en seguida nuestros timbres mas hermosos? Vivió tranquila, sí, como el esclavo pasa los dias bajo el chasquido del látigo y el peso de la cadena, sin moverse ni quejarse: vivió segura, sí, como la víctima en el calabozo, donde solo puede herirla la mano de su verdugo. Hé aquí la felicidad del oprimido, lo que debe México á la España: haber llevado por trescientos años un sello de ignominia y un puñal en el corazon.

Eterna parecia conciudadanos, la triste suerte de la patria: la cruel política de la metrópoli, cuya negrura y fealdad rápidamente hemos visto habia logrado envilecer á nuestros padres, llevando su opresion al pensamiento, que cubierto de tinieblas, no pudo ya comprender cuál es el título de hombre, estéril era su llanto que las heridas le hacian verter, y sus gemidos, inútiles, se perdian por el espacio. La esperanza, último consuelo de los que padecen, no mitigaba su dolor, y este consuelo era imposible sin el sentimiento de la libertad. Hidalgo no habia nacido.

Así pasan los años y los siglos sobre la cabeza del mexicano, y ese sol bellísimo de la patria nunca dejó de alumbrar el llanto de nuestros padres. Pero llegaron los tiempos en que una revolucion gloriosa por sus doctrinas humanitarias, aunque preñada de crímenes por las resistencias del despotismo y el encono de las pasiones, inoculó en todas partes el principio democrático, anatema sempiterno de los reyes, y amenazó con la omnipotencia del pueblo á las decrépitas monarquías. Esa revolucion que conmovió los tronos y regeneró á los hombres, fué la revolucion francesa.

Hubo un hombre prodigioso, por su valor invencible y caveza pensadora, que á una señal de sus ojos los cetros se rompian y las coronas rodaban. Ese coloso, gloria de la Francia, que se cubrió de laureles porque su voz era la voz de la victoria, se estrelló contra el pueblo de España, que al sacudir el pabellon nacional pisoteado por el gigante, cantó á la libertad sus triunfos el 2 de Mayo de 808.

En la congregacion de Dolores un anciano venerable, de robusta inteligencia y corazon heroico, medita como Moises sobre las desgracias del pueblo; y la patria se sonrie. El júbilo nos lo dice, se llama Hidalgo este varon inmortal.

La revolucion de Francia que truena como el rayo, y que nunca deja de tronar, ha llegado á sus oidos y en ellos resuenan dulcemente los cánticos de la península por las victorias del pueblo. Conmovido, entónces, dirije sobre la patria una mirada de sorpresa, y distinguiendo sus heridas y agonías con la luz brillante que arrojaron hasta nosotros las víctimas del 2 de Mayo, los mártires de la independencia, esclama como el ateniense Codro: ¡morir por ella, ó salvarla! y ¡morir por ella, ó salvarla! esclaman tres grandes hombres, que lo estrechan en sus brazos, Allende, Aldama, y Abasolo.

¡Salud, conciudadanos, al 16 de Setiembre de 810, en que brilló para México la aurora de la libertad!

El amor á la patria y á la gloria, que reproduce con su fuego sacro á los Escevolas y Cursios, la magnanimidad que no mide los peligros, y el valor que los arrostra, lanzan á nuestros padres contra el despotismo atroz, como se lanzaron los tres Decios á las filas del enemigo, á morir gloriosamente por la pública salvacion. Y estremeciéndose de júbilo la patria, se aflojan y aligeran las cadenas que la oprimen; y levantando su cabeza hermosa aunque abatida, contempla en el horizonte, escritas por la mano del Eterno, estas palabras inmortales: *¡México libre por los héroes de Dolores!*

Cuando el tirano recibió sobre la cara el guante de la libertad, se desprendió de su corona, para caerse despues, el mas hermoso floron, la joya de mas cuantía. Furioso como el tigre por la presa que se le escapa, y por la voz de unos hombres, que siempre le hablaron ántes con el rostro prosternado en tierra, y que hoy ofenden su orgullo, reclamando los derechos nacionales, apresta para el combate los recursos de su gran poder. La real soberbia humillada dispone sus crueldades, y ya prepara sus tormentos el sacrílego fanatismo... ¡Por todas partes el cadalso y la cuchilla! ¡Por todas partes el anatema!

No es mi ánimo seguir la historia de combate tan heróico como desigual entre la metrópoli y la colonia, entre lo pasado y el porvenir, entre la esclavitud y la libertad; porque esos sitios venerandos de la gloria de nuestros

padres, que se presentan á la vista, donde quiera que se ponga, son monumentos perdurables de su constancia y valor, y el elogio mas cumplido á su eminente virtud. Contemplémos, sin embargo, aunque sea con rapidez, las fuerzas de su adversario, las dificultades con que luchaban y sus propias convicciones, para formarnos idea del tamaño de su abnegacion, y poder agradecer eternamente su espontáneo sacrificio.

Bien sabian los patriarcas de la independencia cuando lanzaron en Dolores el grito de libertad, que no solo lidiarian con un ejército numeroso, sino con el prestigio omnipotente de una dominacion secular, con las preocupaciones político-religiosas, profundamente arraigadas, y con la propia colonia, que embrutecida por el fanatismo, defenderia por largo tiempo las cadenas de su esclavitud. Cuando lanzaron el grito inmortal sin hombres y sin recursos, no tuvieron la ilusion de ver á sus compatriotas libres y dichosos; pero estaban persuadidos de que el gérmen de la libertad fecundado con su sangre, produciria para sus hijos abundantes frutos de que solo ellos no podrian gustar. Así, pues, se resignaron á morir por la patria, levantando un estandarte que nunca pereceria, á despecho del despotismo con toda su pujanza.

Y fué la verdad, conciudadanos, la colonia despertó algun dia de su letargo y maldijo su pesada servidumbre. Disipáronse las preocupaciones á la luz de mil verdades, que brillaron por doquiera, cuando la tea nacional arrojó sus resplandores, como sol purísimo. El poder inmenso de trescientos años, débil y abatido, inclinó la cerviz ante la fuerza de la opinion; y humillado mas de una vez ese ejército formidable, tuvo que sucumbir, como el de Jerfes, á la voluntad del pueblo, á la justicia nacional. La ley del despotismo, compatriotas, dirijia las huestes del tirano; la libertad daba aliento al pecho de nuestros padres: y en el combate de la libertad y el despotismo la libertad es la que triunfa, porque la historia nos muestra lo imbécil del despotismo.

Obtener ese triunfo con el precio de su vida, fué la esperanza única de nuestros padres, su profunda conviccion. ¡Halagüeña y triste conviccion que se cumplió esactamente! La patria ciñó, en efecto, su cabeza augusta con la diadema inmortal de la soberanía; pero vistióse de luto por sus hijos mas queridos, por la sangre mas preciosa que derramara la tiranía en la lucha nacional.

¡El corazon se estremece al pronunciar estas palabras, y ocurren á la memoria los hombres ecsecrables de Acatita de Bajan y de Salcedo...! ¡Apartaos de nosotros patíbulo de mis padres y su cruel verdugo! ¡No

perturbéis su reposo, arrancando á nuestra indignacion lágrimas de amargura en el dia solemne de la patria!

Truncó el despotismo impío las cabezas mas ilustres de los héroes de la independencia; mas la bandera inmortal que alzara su denuedo tremoló por todas partes. Y si el aire borrascoso de la adversidad inclinarla pudo allí, arrancándole un giron; acá se levantan ciento, y otras mil. Es la sombra de Dios quien la defiende, es el grito de la justicia y la razon quien la proclama; porque ella tiene por divisa estas palabras santas: *libertad, independencia;* y la fuerza brutal del despotismo puede herir pero no matar á la razon y á la justicia.

Los héroes tambien se multiplican, porque héroes son los que levantan la bandera, los unos se suceden á los otros, sucumbiendo los primeros bajo el hacha del verdugo para dar lugar á los segundos. Así desciende á la fosa la generacion de ayer para que viva y crezca la generacion de hoy. ¡Los héroes valen sin duda lo que una generacion!

Empero se cubrió de nubes el horizonte de México: hubo un instante de solemne angustia en que estéril parecia la sangre de los Hidalgos, Allendes, Morelos, Matamoros, Bravos, Galeanas, y de tantas víctimas ilustres que regaron con su sangre las aras de la patria. Herida como de muerte la libertad, anunciaba la feroz sonrisa del despotismo sus prócsimos funerales. . . Mas ya se despeja el horizonte y el despotismo tiembla. ¡La libertad se ha salvado! Sí, en las montañas del Sur tremola magestuosa la bandera de Dolores. Las montañas han sido siempre el templo de la libertad, su refugio salvador.

Un varon eminente por sus virtudes y patriotismo á quien Roma y Grécia, en sus épocas sublimes, hubieran colocado entre sus dioses, émulo digno del primer patriarca de la independencia, cuya gloria es tan brillante como la gloria de Hidalgo; D. Vicente Guerrero, el caudillo indomable, es el héroe que enarbola entre lo fragoso de las peñas la bandera mexicana. Cuatro años de costancia y de valor, de amargos sufrimientos y de pruebas dolorosas, conservó el sagrado fuego, hasta que respondiendo los mexicanos todos al grito de libertad é independencia, que fuera el grito de Dios, y hasta que el hombre estraordinario por su genio militar, sus talentos y denuedo, viéndose horrorizado las manchas que lo cubrian, se apresura á borrarlas con las glorias del patriota; y abrazando al inmortal Guerrero con todo el entusiasmo de su grande alma, tremoló para siempre vencedora la bandera de Dolores. Sí, conciudadanos, al abrazo de Guerrero y de Iturbide se cayó de la corona de España, y se cayó eternamente, aquel hermoso floron, que ántes se desprendiera al grito eminentemente heroico de los patriarcas

de la libertad. Así, pues, el 27 de Setiembre de 821 es el complemento del 16 de Setiembre de 810, porque en él se consumó la independencia de la patria iniciada en este por Hidalgo; y es glorioso, porque recibe sus glorias del segundo, que es el primero de nuestros dias.

Hé ahí, conciudadanos, la calenda de nuestra regeneracion política, el nacimiento de la patria. La libertad escribió entónces, con la sangre del primer caudillo, y de tantas víctimas de la independencia, en la terrible lucha de diez años, aquellas palabras divinas, que fueran ántes amarguísimo sarcasmo en boca de la España: „*desde este momento vuestros destinos ni dependen ya de los vireyes, ni de los gobernadores; están ya en vuestras manos.*"

Recoje el despotismo sus tinieblas; y al influjo de la libertad, que vivifica á los hombres como á las plantas el sol, difundiéndose las ciencias con la prontitud del rayo, los que ántes ignoraban hasta el nonbre de política, presentan á la civilizacion del mundo, que los contemplaba, un congreso eminentemente ilustrado. La legislacion, que nunca tuvo por fin los intereses de México, sino los bastardos de la metrópoli, fué desde aquella época feliz una legislacion nacional. La libertad, que aborrece las sombras de la ignorancia, porque es hija de la luz, permitió la manifestacion del pensamiento por medio de la prensa, que ilumina las inteligencias y hace temblar á los déspotas. Los derechos de los hombres se igualaron; y los esclavos dejaban de serlo con solo poner la planta en la tierra de la libertad, en el suelo mexicano. Los principios democráticos, que no reconocen mas aristocracia que la del mérito, atacaron las pasiones ruines, producto de la tiranía, formando la noble ambicion y el espíritu de gloria, que conquistó para los griegos y romanos el respeto del universo y la inmortalidad de un nombre. La fraternidad cristiana, compañera de las instituciones liberales, abrió los puertos de la república á los hombres de todo el mundo, que es un medio indispensable de conducir á los pueblos á la cima de su perfeccion y engrandecimiento. La emancipacion del continente americano proporcionó tambien al viejo mundo inmensas utilidades, que arrancarán de su gratitud, si algo significa este nombre, una palabra de bendicion á los Washington, Hidalgo, Bolivar y Rivadavia. Mas no seré fastidioso comparando los males de la patria en tiempo de la tiranía con los bienes que disfruta por causa de la libertad; pues que la historia presenta los primeros al entendemiento mas obtuso, y distingue los segundos el hombre que ménos vea, y porque basta reflecsionar, que el esclavo solo puede producir las utilidades de una cosa; pero el hombre libre será tal vez el padre de una ciudad, la gloria de una nacion, el bienhechor del género humano. Pues bien: México bajo la dominacion española, era el esclavo; México emancipada

es el hombre libre. Por lo mismo, aunque, por un fenómeno inspicable, no hubiéramos obtenido los beneficios, que proporciona necesariamente la independencia de los pueblos, la esperanza de adquirirlos es una felicidad inmensa, que jamas apreciarémos debidamente.

Compatriotas, demos gracias á la Providencia por habernos librado de la servidumbre; y vivámosle reconocidos porque no es nuestro corazon el de esos hombres infames que se burlan, porque son traidores, de la historia del gran dia, de las glorias de nuestros padres. Comprobémos nuestra gratitud profunda á los redentores de la patria no solamente con estrepitosos aplausos, que se lleva el aire, ó con estudiadas inscripciones, que dictó quizá la boca que los maldice, ó con monumentos orgullosos que destruye el tiempo, sino imitando fielmente sus heroicas virtudes; porque solo así podrémos conservar intacta la herencia que nos legaron. Nada temamos entónces, si olvidándose la España de que somos hermanos, intenta por un estravío volvernos á su coyunda. Pretestos vergonzosos por fútiles y ridículos, que ni ella cree, son los que se alegan hoy para justificar una guerra. Mas ingenioso fué Cortés ¡vive Dios! en los tiempos de ignorancia para seducir á los sencillos aztecas; y ménos absurdo fué tambien el argumento de la imprescriptibilidad de la tiranía establecida por trescientos años con que defendió Barradas su loca espedicion, que esos pretestos que se traen ahora, en el siglo de las luces, y á nosotros que vencimos á la España por una y segunda vez. La justicia nos asiste en la guerra que se insinúa: y si fuere despreciada la conducta del gobierno, toda de paz, con que ha demostrado al mundo que conoce perfectamente la ciencia de las naciones, probémos á la Iberia que somos dignos de la libertad, porque somos dignos de empuñar la espada de los Hidalgos, Iturbides y Teranes.

Loor sin duda merecen, compatriotas, aquellos hombres valientes, que no les tiembla el corazon ni se abaten como niños al peso del infortunio; pero dignos son de gloria perdurable los que se resignan á la muerte, como, los trescientos espartanos, por la pública salvacion. ¡Gloria eterna por lo mismo, á los Hidalgos y Allendes, á los Morelos y Matamoros, á los Guerreros é Iturbides, y á sus ilustres colaboradores! Invoquémos sus nombres en la paz dichosa para no profanar con discordias intestinas sus sepulcros venerandos; y si la libertad é independencia se encuentran amenazadas invoquémos tambien sus adorados nombres; porque esos padres de la patria y su ornamento mas precioso, serán eternamente los ángeles de su guarda, que nada defiende tanto á las naciones, dice un escritor, como la memoria de sus mártires y de sus glorias.—DIJE.

ESTA COMPOSICION SE REPARTIÓ IMPRESA, AL PÚBLICO.

A LAS NACIONES LIBRES.

Entusiastas cantamos ahora,
¡Libres! ya nuestra frente mirad;
Vuestra vista á la patria de Hidalgo
Presurosas y ufanas tornad.
Con valor y constancia obtuvieron
Nuestros padres, un triunfo cabal,
Defendiendo los lares paternos
A la par que el honor nacional.
¡Sucumbieron! fatal desventura,
¡Dura muerte! sus cueyos cegó:
Mas la tierra empapada en su sangre
A millares guerreros brotó.
A la lid se apresuran veloces. . . . .
Del combate ya la hora sonó,
„Libertad, libertad" gritan ellos,
Libertad la victoria les dió.

José Simeon Reioverde.

DISCURSO PRONUNCIADO

POR EL C. LIC. ZACARIAS OÑATE, EN LA INAUGURACION DE LA BIBLIOTECA PUBLICA, LA TARDE DEL 16 DE SETIEMBRE DE 1857.

Y QUIÉNES SON LOS QUE VIVEN? Un gran poeta francés contemporáneo nos responde á la pregunta en estas sentidas frases: „Los que viven son los que luchan; son aquellos cuya alma y cuya frente están llenas de algun designio fijo; son aquellos que, cargados con un destino interesante, se dirigen hácia la cima escabrosa; son aquellos que van pensando absortos y prendados de un objeto sublime, y que tienen sin cesar ante sus ojos ó algun ardiente amor ó algun trabajo santo; es el profeta prosternado ante el arca; el trabajador y el pastor, el patriarca y el obrero; son los que tienen un corazon puro y cuyos dias son llenos. Estos son, ¡oh Señor! los que viven, y á los demas los compadezco; porque la vaciedad de su pesado tedio los embriaga; porque la carga mas intolerable es ecsistir sin vivir; porque insociables é inútiles arrastran por la tierra el abrumamiento sombrío de ecsistir y no pensar, y por todo nombre llevan los de vulgo, turba, plebe, multitud." (*Víctor Hugo.* Châtiments.)